

ROSE CORRAL, *Roberto Arlt, una poética de la disonancia*. El Colegio de México, México, 2009; 220 pp.

La lectura del libro de Rose Corral y la mención de algunos personajes entrañables detonó en mí una evocación familiar. En la década de los años cincuenta, Álvaro Yunque, amigo de Roberto Arlt, visitaba puntualmente todos los domingos a mi padre en nuestra casa de La Paternal. Llegaba desde el barrio de Colegiales en la calma del fin de semana. Conversaban sobre las noticias que traían los diarios y la radio, discutían los avatares y desencantos de la política, y seguramente charlaban también mucho sobre los libros y sobre la ciudad. Y pertenecían sin duda a la gran red conspirativa de admiradores de las disonancias de Roberto Arlt, que celebraban entre mate y mate.

Yunque llegaba en bicicleta, con el correspondiente chirrido de la máquina de hierro (“una máquina, hierro humanizado”), por calles que recorría mientras Buenos Aires crecía de manera vertiginosa, y tal vez fue a partir de una conversación con él que mi padre pergeñó el proyecto de publicar las *Nuevas aguafuertes porteñas*. El libro salió en 1960 dentro de la colección “El pasado argentino” de editorial Hachette –se cumplen nada menos que cincuenta años–, con prólogo de Pedro Orgambide. El prólogo lleva por título “Roberto Arlt, cronista de 1930”. Se recuerda allí que el diario *El Mundo* había aumentado sonadamente su tiraje “gracias al éxito clamoroso de ventas que les dio la columna de Arlt”.

Buenos Aires, lo decía James Scobie, se expandía del centro a los barrios, se modernizaba y ampliaba gracias al crecimiento de los servicios de agua, de teléfono y de luz, de tranvías y colectivos, gracias a la circulación de diarios y folletines, aunque en ese mismo movimiento expansivo se anunciaban ya las resquebrajaduras, los crujidos, de una gran ciudad, de sus gentes, sus lenguajes, en la divergencia de sueños y realidades. La gran aldea crecía extrañada de sí misma, y los engranajes de la máquina de la modernidad chirriaban, con sonidos discordantes, disonantes: crecía la población y el empleo pero también los personajes siniestros, el fraude, la especulación, el crimen, la soledad de las pensiones y el derrumbe de los sueños del crecimiento indefinido. Fue precisamente la muerte del anarquista Di Giovanni la que marcó un punto de quiebre y un comienzo de censura a las colaboraciones de Arlt en el diario *El Mundo*. Pocos como Roberto Arlt fueron capaces de nombrar todos esos cambios y desencuentros, así como de integrar los mil discursos fracturados que podían percibirse en la ciudad.

Rose Corral revisa los distintos momentos de rescate de la obra de Arlt en décadas anteriores, desde su contemporáneo Raúl Larra hasta Oscar Masotta, Viñas y *Contorno*. Revisa y prueba de manera convincente la tan aguda lectura que le dedica Onetti, y recuerda también

que no fue sino hasta hace pocos años que la relectura y revalorización de la obra de Roberto Arlt adquirió visos de complot y sacudió el campo literario argentino hasta llevarlo a una fuerte reconfiguración. La cabeza más visible de esta renovación ha sido la de Ricardo Piglia quien, en 1975, poco antes del golpe militar, convulsionó la narrativa argentina con la *nouvelle* “Nombre falso”, que él mismo considera lo mejor que ha escrito: un relato homenaje a la narrativa de Arlt que retoma los resortes creativos del autor de las *Aguafuertes* a un punto tal que muchos lo acusaron de plagio.

Pero la recuperación de Arlt ha tenido también fuera de la Argentina, y de manera contemporánea a Piglia, redescubridores pioneros como la propia Rose Corral, quien dedicó a él un temprano trabajo en las Jornadas de El Colegio de México, “Introducción al estudio de la imagen simbólica en *Los siete locos* de Roberto Arlt”, en 1977, así como su propia tesis de doctorado, en la que propone una nueva lectura de *Los siete locos* y *Los lanzallamas* (1987).

Este nuevo libro, *Roberto Arlt: una poética de la disonancia*, continúa el camino de indagaciones y descubrimientos en torno a la obra del gran escritor argentino. Considero que esta obra hace aportes de valía para recorrer zonas poco conocidas de la obra y la estética de Arlt, desde la propia y muy acertada elección del título. El conjunto de estudios que lo integra representa una excelente muestra de la devoción de la crítica hacia un autor al que ha honrado por medio de la lectura de distintas facetas de sus tan atormentados como disonantes escritos.

*Una poética de la disonancia* constituye en efecto una contribución fundamental para releer las crónicas de la última época de Arlt en busca de su reflexión sobre la práctica literaria. Así, la autora recupera artículos como “La tintorería de las palabras”, donde Arlt se refiere a las palabras como instrumentos que se impregnan de colores: las polícromas cubas de una tintorería espiritual, donde se tiñe de colores industriales, y se contagian de los sonidos disonantes que reina en el entorno: esos triples fenómenos del arte sometido a los cambiantes reflejos de la economía, de la política y de la mecánica que han engendrado escritores nuevos que dan cuenta del frenesí brutal de la hora (pp. 28-29).

Y anota la estudiosa, en un primoroso pasaje concordante –no disonante– de la pintura de Malevich que se reproduce en la tapa: “En *Los siete locos* y *Los lanzallamas* esta modernidad se construye por saltos, vuelcos, discontinuidades, cortes abruptos y anti-climáticos, y por medio de un simultaneísmo que incorpora diferentes espacios y voces de la urbe. Se combinan los elementos más disímiles como en un *collage*: planes de fábrica, mapas, noticias de periódico, presupuestos de prostíbulos. La disonancia, tal vez el signo mayor de esta modernidad, está en la transposición verbal de una pluralidad de espacios

y lenguajes, y también en la disparidad de emociones, sensaciones, percepciones, sueños y fantasías de los personajes que deambulan por las novelas. Si en la crónica prevalecen la fraternidad, la euforia callejera... en las novelas predominarán el conflicto, los choques, las emociones «híbridas, monstruosas e ingobernables» que caracterizan [en palabras de Virginia Woolf], «el espíritu moderno» (pp. 35-36).

Los aportes de Rose Corral a la restitución de distintas piezas del rompecabezas arltiano son innúmeros. Así, el capítulo 2, “Recuerdos del adolescente”, se refiere a un fragmento recuperado de *El juguete rabioso*; el capítulo 4 nos muestra a un Arlt devoto del cine y los capítulos 8 y 9 recobran respectivamente las crónicas de Arlt reproducidas en el periódico *El Nacional* de México y dos cuentos del escritor argentino aparecidos en la prensa mexicana de los años treinta (“Un ladrón” y “Final de cena”), que por mi parte considero francamente representativos del estilo de Arlt. Así, en el primero de ellos, Alexieff sufre, como Erdosain –y como lo prueba muy bien la autora– “la transformación interior que la perspectiva del delito abre en él” (p. 181). El final sorpresivo del relato del *crescendo* en el tormento interior de este personaje tan dostoiévskianamente torturado concluye de manera terrible por realista y brutal: cuando por fin se decide a cometer el crimen, llega a la puerta de la empresa que está cerrada porque “la casa ha quebrado y ha sido cerrada por orden del juez”.

Se dedica la autora a recuperar elementos fundamentales para empezar a reconstruir esa polémica Borges/Arlt armada por las nuevas generaciones de escritores argentinos a partir de los años cincuenta. Tras seguir los principales hitos en la recepción crítica y apropiación de la obra de Borges y Arlt, Rose Corral se ocupa del modo en que para algunos críticos estas dos figuras pueden significar un contraste marcado (es el caso de Piglia), mientras que para otros no es así: “En resumen, la negación de Borges, por un lado –que se vincula con la poética anti-*Sur* del grupo y con el parricidio de algunas figuras de la generación de 1925– y, por otro, la incorporación y reevaluación de Arlt que lleva a cabo *Contorno*, favorece, nos parece, el esquema de oposición, más ideológico que literario, entre los dos escritores, esquema que perdura a lo largo de los años sesenta e incluso buena parte de los setenta” (p. 111).

Tras mostrar los pasos por los cuales la figura de Arlt pasa de ocupar un lugar marginal a constituirse en central en la tradición argentina del siglo xx (p. 114), resume que “La polarización entre ambos escritores fue una estrategia que surtió efecto y cambió lecturas en la Argentina... Pero en los años ochenta se construye por fin un terreno común donde ambos autores pueden ser leídos, integrados a la tradición, sin volver a los enfrentamientos del pasado” (p. 15).

Para terminar, quiero reflexionar sobre el libro de Rose Corral como muestra de los nuevos caminos de la crítica literaria de nues-

tros días y los aportes que ella puede hacer a través del rastreo e interpretación de textos que dan la clave de la mirada de un autor. Así, en un pasaje del capítulo tercero, donde se refiere a “La ficcionalización de la crónica”, podemos constatar lo enormemente productivo que resulta poner en relación las formas discursivas y las estrategias narrativas.

Recuperar a un autor implica no sólo volver a la lectura y valorización de sus obras publicadas y conocidas, sino también reemprender el rastreo de su producción (en este caso, las obras periodísticas y las reflexiones sobre el quehacer creativo), y no sólo eso: implica repensar el modo en que las fuentes ingresan a su mundo de ficción y complejizan los contratos de verosimilitud. De este modo, como anota Rose Corral: “...la presencia abrumadora de elementos del periodismo, desde la simple noticia histórica, contemporánea de los hechos narrados, hasta el uso de la crónica y del reportaje, [son] elementos cuya función se complica sin embargo al ser entretreídos en la trama de las novelas y formar parte finalmente de las mismas. El efecto de realidad y la función de verosimilitud que producen los elementos del periodismo en un primer nivel de lectura deben entenderse como parte de una estrategia narrativa mucho más compleja, que problematiza el contrato narrativo de las novelas y que cuestiona o relativiza el lugar de la verdad” (p. 73).

Así se cierra el círculo: hoy los aportes de la crítica genética o el rastreo de textos con particular atención a la materialidad que rodea la producción de las obras, los circuitos en que se instalan y circulan, las redes de sociabilidad y la dinámica propia de los distintos ámbitos (las crónicas y aguafuertes en el caso de Arlt) no se reducen a una mera recuperación de las fuentes con valor arqueológico, sino a la posibilidad de revisar contratos de lectura, reglas de verosimilitud, resortes compositivos. Así, en el mismo capítulo 3, “Ficción y crónica en *Los siete locos* y *Los lanzallamas*”, asistimos al trabajo de quien, por la misma época en que se dedica a escribir sus novelas mayores, vive a la vez inmerso en su nuevo trabajo de redactor del diario *El Mundo*, “acosado por la obligación de la columna cotidiana” (p. 63): “En la ficción arltiana, lo que más se parece a las ciencias ocultas es la política nacional, de allí que tal vez no sea casual que en las novelas se mezclen sus lenguajes y que Arlt haya escogido a un astrólogo para la organización del programa revolucionario. El punto de contacto entre ambas actividades es precisamente el uso sistemático de la mentira, la confusión deliberada de ideas, el cinismo, los elementos de charlatanería que Arlt denuncia en el texto sobre las ciencias ocultas y en varias aguafuertes que tratan de lo político. El ejercicio de la política convierte al individuo que la practica en un estafador que maneja consignas vacías, sin ningún trasfondo social...” (p. 70, y cualquier parecido con la realidad de la política no es mera casualidad).

Otro elemento interesante que aparece en el libro de Rose Corral es su recuperación de las tan significativas “estrategias de lectura” que otros escritores dedican a un autor: “No cabe duda de que las estrategias de lectura de los escritores no son ejercicios gratuitos o inocuos: desempeñan un lugar decisivo en la construcción de la tradición. Las relecturas son siempre polémicas porque intentan modificar lecturas heredadas y a la vez reorganizar el pasado literario a partir, dice Piglia, de las poéticas (y debates) del presente” (p. 105).

Recuperar a un autor implica también emprender estas “lecturas contrastivas” como la que Rose Corral dedica a Onetti y Piglia, cuya deuda es a la vez homenaje, un homenaje que se hace evidente no sólo en sus alusiones a Arlt sino rastreable en lugares secretos de sus propias obras narrativas y reflexiones sobre literatura. Estar al margen de *Sur*; como bien lo mostró Onetti, significó para Arlt inaugurar nuevos circuitos de escritura y lectura, nuevas redes de prácticas, registros y géneros discursivos, fue establecer nuevos itinerarios para explorar narrativamente la ciudad.

Corral recorre las huellas de Arlt en el primer Onetti, pero además busca establecer una lectura contrastiva entre *El astillero* y las dos novelas principales de Arlt: “Leer *El astillero* a la luz de *Los siete locos* y *Los lanzallamas* y, a la vez, volver sobre las novelas de Arlt enriquecidas con el mundo de Onetti, ilumina una y otra novelas, permite vislumbrar, creemos, algunas de las secretas afinidades entre los dos escritores rioplatenses. Onetti y Arlt coinciden sin duda en lo esencial: en un mundo carente de sentido, descartadas las posibilidades de cambio o transformación, los hombres parecen condenados a vivir simulacros. Sin embargo, escrita treinta años después que las novelas de Arlt, *El astillero* es también, de alguna manera, una re-lectura crítica de Arlt, del proyecto utópico que recorre sus novelas. Onetti construye una antiutopía, una desmitificación cruel y sin escapatoria de los sueños o mentiras que conforman cualquier vida” (p. 138).

De este modo, simulacro, falsificación, mentira, exacerbados por los efectos del extrañamiento urbano, alcanzan jerarquía artística y sirven para apuntar a los efectos de la maraña ciudadana. Y ya que hablamos del autor de *El pozo*, hay que aludir al ejemplo eminente de Hugo Verani, cuya recuperación de fuentes y textos, desde su acuciosa biobibliografía de Paz hasta su rescate de la correspondencia de Onetti con Payró, ha contribuido a dar bases más firmes y confiables para la lectura de estos grandes autores y, como es el caso de la correspondencia del autor uruguayo, ha cambiado las bases para la comprensión de su obra.

Otro tanto ha hecho Rose Corral con la acuciosa recuperación y relectura de textos de autores como Arlt y Piglia, ya que lograr poner sobre la mesa nuevas fuentes trabajadas de manera rigurosa y confiable y permite nada más y nada menos que reabrir y enriquecer la investigación literaria.

Así, el capítulo que dedica a Ricardo Piglia y los “usos” de Arlt no sólo es un diálogo necesario con el autor argentino sino que además muestra distintos momentos en su lectura. Ella exhibe cómo es diferente la mirada de los setenta y la de los ochenta en el autor de *Respiración artificial*: “En los años ochenta, Piglia ataca por fin la cuestión del realismo de Arlt, para desbaratar las interpretaciones simplistas que lo vieron sólo como un testigo de su tiempo, un “cronista” de los años treinta. Las zonas que señala (la construcción del complot, la sociedad secreta, la novela del Astrólogo, la conspiración y la paranoia, entre otras) están estrechamente asociadas a sus nuevas reflexiones sobre la literatura y la representación de lo real, sobre política y ficción en la posdictadura... [Arlt se ha convertido ahora para Piglia en la verdadera literatura política, y la autora se pregunta, en diálogo con Piglia, en qué sentido]” (p. 147).

La lectura de Roberto Arlt que hace Rose Corral nos devuelve a un escritor poderosamente urbano, capaz de hacer en su obra un montaje original de los discursos y registros de la ciudad; un escritor profundamente atormentado por la imagen de ciudad que se vive desde el mirador de las redacciones y las notas de asesinatos, loterías y fraudes: oscura, hostil, azarosa, laberíntica; un escritor que traza desde el margen los propios itinerarios y tramas desgarrados de sus personajes y sus relatos. Y sobre todo nos lo devuelve poderosamente vivo, eléctrico, vertiginoso, actual, genial.

LILIANA WEINBERG

Universidad Nacional Autónoma de México

JUAN CARLOS ONETTI, *Cartas de un joven escritor. Correspondencia con Julio E. Payró*. Ed. crítica, preliminar y notas de Hugo J. Verani. Era-Lom-Trilce, México, 2009; 170 pp.

El centenario del nacimiento del escritor uruguayo Juan Carlos Onetti (1909-1994) trajo consigo una prolífica serie de coloquios, homenajes y publicaciones que giraron en torno a su extenso y magistral ejercicio narrativo. Los encuentros literarios para conmemorar su vida y su obra se produjeron en diversos y distantes puntos como Alemania, Argentina, España, México, Uruguay, entre otros.

Como es evidente suponer, los estudios críticos sobre su literatura abundaron. Más allá de las nuevas revisiones académicas de los ya clásicos textos onettianos, destacan los verdaderos hallazgos que, a cien años de su nacimiento, la obra de Onetti continúa deparando a sus lectores. Una prueba de ello es la aparición de la correspondencia entre el autor uruguayo y su fraternal amigo argentino, el crítico